

pañol. Prescindiendo, además, de estas consideraciones generales, debe tenerse presente que el gobierno de Francia ha desahuciado pretensiones a uno de sus puertos con el fin de hacer una desastrosa concurrencia a nuestro comercio ultramarino. Y también que la circunstancia de ser la isla de Haití vecina de las nuestras de Cuba y Puerto Rico la constituye de sumo precio para nosotros, por cuanto su amistad ó su malquerencia puede influir de una manera directa en el orden y tranquilidad interior de aquellas posesiones.

Nos dicen de Melilla, que toda la parte septentrional del imperio de Marruecos, el Rif y las Montañas han proclamado al Emir Abd-el-Kader, gran Padisha y emperador de Marruecos, el cual se encuentra como á unas dos jornadas de aquellas plazas nuestras, y que aquellas tan populosas, férricas é inepugnables comarcas se han decidido por su dominación.

Hasta cuándo tendrán los gobernantes de la España en olvido aquellas importantísimas posesiones! Si el Emir se hace el dueño del país fronterizo, será el momento de entenderse forzosamente con él y de procurar sacar partido para nuestras relaciones con Marruecos.

Se ha dado la orden para que el señor Capaz pueda regresar á España después de su larga emigración.

Leemos en un diario moderado que el señor Brunelli pasará mañana al real sitio del Pardo con el objeto de influir en el ánimo del rey para que vaya con su augusta esposa á la jornada de la Granja. Mucho celebráramos que su emiendación consiguiera la realización de un paso que cortaría muchas intrigas de los que no quieren que tengamos paz.

El alcalde corregidor de esta H. villa á petición de los tahoneros y para quitar toda clase de trabas á la venta de los granos, ha expedido un edicto recordando lo dispuesto en las leyes del reino que prohíben la intervención de los corredores á travasadores de aquel artículo condenando á los contraventores con las penas establecidas.

Nosotros que hemos abogado siempre por la libertad del comercio, conocemos, empero, que en circunstancias agravantes las leyes de la necesidad son superiores á todas, y que la suerte de las clases pobres necesitan un apoyo y deben atraerse la general consideración de las acomodadas. En este sentido rogáramos al señor corregidor que indagase si es cierto que de algunos días á parte hay una asociación de especuladores que acopian trigo, que han enviado comisionados á varios puntos, que obstruyen el paso de la mayor parte del que viene al mercado y que estos son los que lo mantienen á precio subido esperando grandes ganancias.

Dícese también que no estaría al precio que hoy se halla el trigo, si aquella asociación no tuviera estancados los cereales, y que es de creer que lejos de verse rebaja subirán los precios, como también los de otras substancias alimenticias que sufren el mismo estancamiento.

El ayuntamiento debía indagar si es cierto y rogar á los especuladores que dediquen sus cálculos á otros ramos, dejando que lleguen al mercado los granos con libertad, no especulando con el primer alimento de las clases pobres.

Por hoy hacemos esta advertencia por si surte efecto sin necesidad de mas aclaraciones.

Tenemos la mayor complacencia al

buscaba, llamé á los dos primeros cuartos sin que nadie respondiese.

Suponiendo que allí habitarían jornaleros que estuvieran á la sazón en su trabajo, llamé en el piso segundo y hallé igual silencio.

¡Sorprendido con esta soledad, subí al tercero y último piso, donde también llamé en valde. ¡Llamé ya á retirar creyendo haber equivocado el número, cuando percibí ruido de pasos y una voz de niña que decía:

—¿Quién es?

—Una persona que desea ver á la señora Lallemand de parte de la señora princesa de Montbar,—respondí.

Se abrió la puerta, y vi una niña de rostro candoroso.

—Vive aquí la señora Lallemand?—dijo dirigiendo una ojeada á una pieza desmantelada, en la cual remataba una escalera que debía conducir á alguna bohardilla.

—Sí, señor,—respondió la niña,—está en la cama y no puede levantarse.

—¿Podría verla para darme un recado de parte de la señora princesa?

—Se lo voy á preguntar,—dijo la niña.

Al poco rato volvió y me abrió la puerta.

En una mala cama, y en una estancia miserable, se hallaba acostada una mujer joven, de doliente aspecto y de fisonomía interesante. Cuando anuncié la visita de la princesa, se arrastraron de lágrimas los ojos de aquella mujer, y abrazó con ternura á su hija expresándole su agradecimiento en términos tan sencillos, tan naturales, tan sentidos, que conmovió por aquella escena, me propuse dar cuenta á mi señora de esta favorable impresión.

Cuando me acuerdo de que todo esto era una comedia que ocultaba un lazo infame, me cuesta trabajo el comprender la posibilidad de tan hipócrita disimulo.

Sali tan satisfecho con lo que acababa de ver y oír, que ni me ocurrió pedir informes acerca de la señora Lallemand, y hasta olvidé la sorpresa que me causara el no haber en la casa mas inquilino que la protegida de la princesa.

anunciar en nuestro diario, que el ayuntamiento de Badajoz ha adoptado las disposiciones convenientes para que el pan no escasee para las clases pobres del precio de diez cuartos.

Elógiamos como se merece un proceder tan filantrópico, y solo desearíamos que fuese secundado por otras corporaciones que no por representar el interés de mas grandes poblaciones tienen por eso menos obligación de ser tan previsoras y humanas como la municipalidad de la capital de Extremadura.

La Gaceta de ayer no contiene ninguna orden ni decreto del gobierno.

CORRESPONDENCIA PUBLICA.

Disposicion absurda que exige inmediato remedio.

Repetidas son las reclamaciones que recibimos tiempo há sobre el decreto que exige que las leyes y disposiciones del gobierno sean obligatorias para los pueblos á los cuatro días de su inserción en el Boletín oficial de la respectiva provincia. Esto es presuponer que en dicho tiempo debe haber llegado su conocimiento á todos los pueblos, pues si no, resultaría la monstruosidad de dar á todas las disposiciones legislativas ó gubernativas un efecto retroactivo. ¿Pero sucede así? Bien evidente es lo contrario.

La division del territorio en España es tan incorrecta aunque el maximum del radio de una provincia no debiera sin duda pasar de jornada y media, que son muchas las provincias en que sus partidos extremos se extienden hasta cerca de 30 leguas. Basta citar entre otras al partido de Huesca en la de Granada; Berga y su montaña en la de Barcelona; el partido de Puebla de Alcocer en la de Badajoz; el de Segura en Jaén; algunas en Galicia, etc. Ahora bien: si hay pueblos que distan cuatro y mas jornadas regulares, y de caminos montuosos é intrasitables, con rios caudalosos intermedios, invadibles y sin puentes útiles, ¿podrán al cuarto día contar con la correspondencia de la capital? Es físicamente imposible.

Aun hay mas. En la mayor parte de las provincias el Boletín sale dos veces por semana, que suele ser los domingos y jueves, y suele concurrir á que la salida de los correos sea los miércoles y sábados: de modo que el Boletín del domingo para los pueblos echó á andar al cuarto día ya de su publicación: habiendo de notar también que hay pueblos de los mas distantes que solo tienen un correo por semana por el ordinario. Ninguna disposición del gobierno puede llegar allí por lo tanto, sino mucho después de cumplido el término de que sea obligatoria y conminatoria.

Y es de tenerse presente además que á los pueblos fuera de carrera no les va la correspondencia mas que á pocos, directamente, sino con unas circunvoluciones que se la retrasa extraordinariamente. A los pueblos extremos de los mas lejanos partidos suele irles la correspondencia á la provincia inmediata, donde al menos duran dos ó tres días para regresar á dichos pueblos, con la veniente, de todo lo cual resulta que hay población á la que tardan hasta once dias las cartas de la capital que les llevan disposiciones de perentorio efecto y consecuencias desde el cuarto día. Y es fácil calcular la inmensidad de perjuicios resultantes de este monstruoso efecto retroactivo.

Este mal no puede alcanzarse á remediarlo el celo de la actual direccion general de correos. Aunque se extiende la correspondencia diaria á las líneas trasversales: aunque como es de exigencia se exija á las cabezas de partido el tenerla, al menos en dias alternados ó tres veces á la semana, y aunque hasta á los pueblos mas remotos se les obligue á recoger á dos veces á la semana, siquiera, siempre en las comarcas escéntricas y muy distantes, como las que por ejemplo hemos indicado, habrá pueblos que no será posible que tengan siempre el Boletín de la capital al cuarto día, pues que en algunos es diario, y siempre saldrán algunos de ellos con dos ó tres dias de atraso con el correo bi-semanal, aunque este á los cuatro dias estuviese en su término.

El remedio que por ahora se presenta desde luego oírlo y expedirlo y exento de todo inconveniente, nos parece muy sencillo. En lugar de decirse que las leyes y disposiciones del gobierno sean obligatorias para todos los pueblos desde el cuarto día de su inserción en el Boletín, díjase desde la llegada y publicación en los pueblos, y aun si á los inmediatos á la capital se les dan dias demas, también deben concederse á los lejanos. Esta disposición es tan sencilla como efectiva; sin perjuicio de que se acelere cuanto sea posible la llegada de la correspondencia hasta el rincón mas apartado de las provincias, de lo que no es de temer deje de ocuparse con ahínco la direccion del ramo, pues en virtud de una orden de años há á las diputaciones, tiene muchos trabajos adelantados.

Y para que mas cumplidamente pueda tener efecto la disposicion del gobierno y que no sea afectada su justicia, es forzoso que las autoridades aseguren que los Boletines oficiales sean positivamente conocidos de los pueblos, desde el momento de la llegada del correo, pues generalmente no se cumple. Si lleva anuncios de substancias que interesen á los secretarios ó concejales, si los precios de

De vuelta á casa me vestí con esmero para servir á la mesa, poniéndome un excelente frac negro, cortado de última moda. Cuando estuve listo, me miré al espejo, y al verme con corbata blanca, con medias negras de seda y escarpines charolados con hebillas de oro, no temi ser conocido por el principe, que me habia visto una vez sola y esa no estando él en su razon.

En la pieza de aparador hallé al mayordomo y al ayuda de cámara del principe, hombre ya de edad, llamado Luis, y que me dijo afectuosamente: —¿Antes de servir habéis ido á ver si ardía bien la chimenea de la habitación de la señora? No tardará ya en volver...

—No se me habia ocurrido... voy al momento.

—Cuando llegue la señora, no dejéis de estar á la puerta para recibirla.

—Gracias por el anuncio, señor Luis; ¿pero cómo sabré que viene la señora?

—Muy sencillamente; en primer lugar, por el ruido del coche, y por dos campanillazos que dá el portero. Un campanillazo solo anuncia que llega el señor, dos la señora.

Pasé á la habitación de la princesa á atizar el fuego, y no pude menos de e-tremecerme al percibir otra vez el perfume peculiar de aquella pieza donde solia estar Regina, perfume dulce, suave á la par que penetrante. Descuando el servicio por un momento, púsem á mirar conmovido aquellas flores, aquellos cuadros, aquellos libros, aquellos muebles que adornaban el santuario de la princesa, cuando al pasar en una galería de pinturas que separaba la sala de la alcoba de mi señora.

Al mismo tiempo que me inclinaba hacia la chimenea por miedo de que me hallaran sin hacer nada, entró el principe... Encorvado como yo estaba, no pude verle el rostro; mas una parada repentina me dió á entender que le sorprendía hallar gente. Cerré la puerta de la galería y yo me incorporé y saludé respetuosamente.

—¿Sus el nuevo ayuda de cámara de Mme. de Montbar?—dijo el principe sin mirarme casi.

—Sí, señor.

—Bien está,—dijo, y salió.

mercados conviene ocultarlos ó cosa tal, el Boletín se hace perdido ó se supone falta. Esto únicamente se remediará imponiendo pena de inmediata deposición é inhabilitación al secretario que por justificación de tres testigos resultase no exhibir el Boletín habiendo llegado, en la misma secretaría por supuesto.

La importancia é incontestabilidad de estas observaciones, que afectan quizá á mas de la mitad de las 23 ó 24,000 poblaciones actuales de la península, nos hace desear sean tomadas en consideración.

El brigadier don Luis Baisseli que se hallaba hace mas de dos años desterrado en Puerto Rico, ha regresado á esta capital, donde se le ha dado el cuartel que tenia antes de su deportación.

Asegúrase que lejos de haberse nombrado administrador de la imprenta nacional, se ha suspendido el nombramiento á causa de haberse presentado un proyecto para suprimir este establecimiento.

El nuevo periódico ministerial se titulará *El Correo*, y comenzará á publicarse el jueves próximo.

El señor Heceta, gefe político que fue de Sevilla, quitado por el ministerio Iturriz, ha sido re-puesto y agraciado además con la cruz de Isabel la Católica.

CORREO ESTRANGERO.

El parlamento inglés ha abierto otra vez sus sesiones, interrumpidas por la fiesta de pascua.

En la cámara de los comunes reprodujo M. Hume su interpeleción relativa á la cuestion portuguesa, preguntando á lord John Russell si se hallaba dispuesto á comunicar á la cámara las instrucciones enviadas á los agentes británicos en Lisboa.

El gefe del ministerio se mantuvo reservado, alegando la inoportunidad de presentar estas piezas; pero el diputado interpelante, creyendo encontrar mayores esplicaciones en el ministro de negocios extranjeros, preguntó á lord Palmerston si era cierto que los agentes ingleses habian recibido la orden de emplear medios coercitivos respecto á la junta, en el caso de que se rehusase acceder á las condiciones que se le proponian. El ministro contestó, que habiendo mediado un tratado entre la Gran Bretaña, la Francia, España y Portugal, para reprimir la insurrección en este último país, era inconveniente la presentación de estos documentos. No habiendo conseguido mas esplicaciones á pesar de su insistencia, anunció M. Hume una mocion sobre el mismo asunto para el lunes próximo.

Sir Roberto Peel tomó tambien parte en el debate, preguntando al ministerio, si la marcha que sigue en Portugal era resultado del tratado de la cuádruple alianza; á lo cual contestó lord Palmerston, que la marcha actual procedía de una convención nueva.

Parece pues, que á aquella fecha no era conocido aun en Londres el famoso é inolvidable protocolo, y aun se cree en París, que la publicidad que se le ha dado en esta capital, ha contrariado bastante á la política inglesa.

En Francia sigue la política fria y sin movimiento, hallándose hasta la misma oposicion tan atargada, que el protocolo de Londres ha sido mirado como un suceso insignificante é indigno de ocupar un momento la alta sabiduría y el precioso tiempo de la oposicion que se llama liberal. Singular oposicion, y raro liberalismo! Se firma en Londres un protocolo que destruye el principio proclamado durante diez y siete años: el principio de no intervención; se firma un tratado inicu para ultrajar la soberanía de un

Aunque no habia yo podido observar al principe, se me figuró que le incomodaba que le vieran salir del aposento de mi mujer, lo cual no dejó de ahucarme: así que se me marchó, y mirando por casualidad á la mesita de Regina, creí notar cierto desorden en los objetos que encima habia.

Habíase caído al suelo la labor de tapicería y un libro: estaba entrecubierto un cajón, y no se me ocurrió que habria querido buscar algo en los muebles del aposento... Temblaba de pensar que se me pudiera atribuir la indiscreción ó el abuso de confianza, si llegaba á descubrirse.

Humillado me tenía ese pensamiento, cuando al entrar el coche en el patio é inmediatamente sonaron dos campanillazos.

Obediente á las instrucciones de Luis, corrí á la antecala y creí que debía saludarla respetuosamente; pero ella me dijo con bondad:

—Os advierto una vez para siempre que no me saludéis en casa, ¿gestamos?

Confuso por mi torpeza, articulé algunas escusas; pero Regina repuso atrevidamente el segundo salón que conducía á su aposento:

—Fuistis á casa de Mme. Wilson?

—Sí, señora; no estubo en casa.

—Pues avisad que en casa de que traigan alguna carta de Mme. Wilson para mí, me la suban al momento.

—Esta muy bien.

—¿Y la señora de Lallemand?

—La he visto, señora princesa: vive en el piso tercero de la casa que me ligistéis...

—¿La anunciasteis que iria mañana?

—Sí, señora.

—¿Habrá mucha miseria, no es verdad?—preguntó Regina con tristeza.

—Sí, señora, una miseria cruel.

—Es, en efecto, interesante esta mujer.

—Creo que merecen las bondades de la señora princesa.

—Me alegro, porque...

Interrumpiendo su frase, dijo la princesa mirando á la mesita:

—¿Ha entrado aqui alguien durante mi ausencia?

pueblo y entregarlo atado á los pies de una camarilla facciosa, y la oposicion parlamentaria de la Francia de 1789 y de 1830 permanece silenciosa, indiferente, y la oposicion de la prensa observa la misma indisculpable conducta, á excepcion del *Courrier Français*, la *Democratie Pacifique* y la *Reforme*, que protestan en nombre de la Francia liberal contra el escandaloso atentado de los monarcas constitucionales. Aunque no espontáneamente al fin rompe tambien el silencio *Le Commerce*, el día 31 del pasado, y como era necesario, defendiendo la causa de los pueblos contra las de sus opresores; pero el resto de la prensa francesa aguarda sin duda á que el noble pueblo portugués haya sucumbido para hacer mérito de este acontecimiento, deshonra y reprobo del gobierno francés y de sus signatarios del inculcable protocolo de Londres.

En Berlín, Prusia, ha ocurrido un desorden terrible. Se habia reunido una grau muchedumbre delante de la casa de un acaparador de trigo, exclamando *que se morian de hambre*, con gritos de angustia, y en vez de conmovir esta escena á aquel hombre, abrió de par en par las puertas de su casa, y dirigió á los indigentes estas crueles palabras: «No es para vosotros el grano, comed yerba; y si esto no os basta, freid ranas y comerlas.»

La multitud lanzó un grito de indignacion, se precipitó en la casa, se apoderó del acaparador, y solo abandonó su cadáver para arrojar por las ventanas todos los muebles de la casa: en seguida saqueó los almacenes que contenian considerable cantidad de cereales.

La asociacion del *repeal* se reunió en Dublin el día 26, en *Conciliation Hall* para adoptar un mensaje al pueblo irlandés con motivo de la muerte de O'Connell. El sitio que ocupaba de ordinario el libertador, estaba vacío y cubierto con un crespon negro, así como el banco colocado enfrente. A la una M. O'Hea, abogado, Tomas Steele, V. Cortello, Stritch, Cornelius, Longhin y otros miembros de la comision entraron en la sala. Ocupó la presidencia M. Longhin, y M. O'Hea, encargado de la redaccion del mensaje, lo leyó concebido en estos términos:

«¡Compatriotas, ya no existe O'Connell! ¡Se ha marchado el espíritu que animaba á la Irlanda! ¡Se ha estinguido la luz que á la nacion alumbraba! Llorad y gemid, y que no tenga límites vuestro dolor, oh hijos de Irlanda, porque la copa de vuestra afliccion está llena y la estension de vuestros sufrimientos es incommensurable. Ha sucumbido el orgullo de nuestros corazones; nos ha sido arrebatada la perla mas brillante de Erin: ha muerto el libertador de nuestro país. Ha querido el Todopoderoso agoviarnos bajo las aflicciones mas dolorosas: en tanto que la peste y el hambre diezman nuestra desventurada poblacion, el campeon de las libertades de Irlanda yace tendido sin vida sobre tierra extraña, y lejos de su país natal, tan querido de su corazón. Podemos nosotros llorarle ciertamente, porque la humanidad deplora su pérdida, y nuestro duelo se extiende sobre el mundo todo.

«¡Compatriotas! ¿Cómo probaremos mejor todo lo que le hemos amado durante su vida, todo lo que sentimos su muerte? Venerando sus principios, obedeciendo sus instrucciones, prosiguiendo los mismos fines tan nobles como elevados, en las pacíficas vias por

—Lo ignora, señora,—contesté con estúpida turbacion, pues conocia la idea de la princesa, y temblaba de que sospechara de mí.

—¡Es singular!—dijo Mme. de Montbar mirándome fijamente.

Acaso me equivocara; pero me pareció notar en su fisonomía indicios de admiracion y desconianza. De tal suerte me turbé, que á mi pesar subí mi sangre al rostro, y en vez de decir la verdad, que habia visto salir al principe, me quedé mudo y tan confundido como si fuera culpable. Penetrado empujé del peligro de mi situacion, iba á hacer un esfuerzo para alejar las sospechas, cuando me dijo la princesa con sequedad:

—Pedireis el coche para las ocho y media.

Después de calentarse los pies por breves momentos, se entró en la galería que precedía á su alcoba, y desapareció.

Aburrido de mi torpeza, bajé á la portería á ejecutar las órdenes de mi señora, pues los criados de escalera abajo comian con el señor Romanin, portero, y así podia desempeñar mi doble comision.

Romanin, con la cabeza envuelta y vestido de gran librea, se encargó de avisar al cochero de la princesa, y me entregó dos cartas, una de las cuales acababa de ser traída de parte de Mme. Wilson: con la carta me dió el portero tres magníficos ramilletes de baile, y me dijo:

—El uno de esos ramos, con este cajón de flores, lo ha traído el dependiente de la florista de la señora...; los otros dos ramos los han traído unos mozos, sin decir de parte de quien eran.

Entre los dos ramilletes incógnitos reparé en una magnífica de lilas blancas y violetas de Parma.

De paso que subia despacio la escalera, contemplaba con amarga melancolía el fresco y misterioso ramillete que exhalaba dulce perfume, pues por un contraste singular recordaba aquellos ramos misteriosos ramos que á cada funebre aniversario habia depositado sobre la tumba de la madre de Regina sin que la joven supiese nunca el origen de la piadosa ofrenda. Una lágrima me costaron con esas memorias. Las humildes y tristes flores con que me ignorada adhesión recordaba en otro tiempo

donde marchó constantemente. En un sentido, en el verdadero sentido de la palabra, O'Connell no ha muerto! Hombreres como él nunca mueren. Todo cuanto era mortal en él ha pasado; pero la parte inmortal queda, su espíritu, oh compatriotas, permanece con nosotros. Sus instrucciones morales viven para siempre en vosotros y en el universo entero. El tiempo no puede borrar las lecciones de la sabiduría.

«En cuanto á nosotros, formados como lo hemos sido por él en asociacion, estamos decididos á mantener sus principios, á ser fieles á sus doctrinas, á sus doctrinas solas! Tal es nuestra resolución firme é inmutable. Un vacío inmenso se hace sentir en el vasto universo; ¿quién lo llenará? ¿Qué nacion, qué pueblo no ha perdido un bienhechor? Nuestro país lo ha perdido en el su gefe y su guia. Oh! que este país se deje conducir aun por la sabiduría de este hombre grande, que continúe marchando bajo su bandera! Sus medios eran de paz, de legalidad y de orden. Recordad, recordad aun la divisa de su asociacion, la recomendacion de su sabiduría y de su esperiencia. «El hombre que comete un crimen dá fuerza á sus enemigos.»

«Por sus largos y fieles servicios, por el noble ejemplo de su vida, por la gloria de su inmortal nombre, os conjuramos, oh compatriotas, á no abandonar los principios, los designios, las doctrinas de O'Connell.»

Después de adoptar este mensaje se aplazó la asociacion para dentro de ocho dias.

Difícil es aventurar nada todavia respecto al giro que tomará en adelante la cuestion irlandesa; pero todo hace creer que cuando no se oiga ya la elocuente y apasionada voz del gefe de la Irlanda, recomendando los medios pacíficos, la nacion organizada y animada como lo está, no se ha de contentar con reclamar humildemente lo que de derecho le corresponde. Todos los antecedentes inducen á creer, que el partido de la jóven Irlanda concluirá la grande y gloriosa obra que solo el genio de O'Connell pudo iniciar y conducir hasta el día.

PARTE LITERARIA.

Continúan los *Estudios Sociales* del señor Moya, cuya insercion comenzamos en nuestro número de ayer.

¡JUSTICIA!

Apenas habrá otra voz mas generalmente espresiva, mas elocuente en la concision, mas comprensible en la abstraccion y que espique mas energicamente su sentido, que ese sonido de armonia, esa vibracion sonora, ese tono del alma, esa modulacion suave, melodiosa y dulce que resuena, se retrata y se fija en el pensamiento al enunciarse simplemente la justicia. Música del corazón, acento inmenso que vivifica, encanto de la existencia, atraccion irresistible de la naturaleza humana, mística representación del objeto, del fin y del destino del mundo, idea absoluta de la creacion; ¿cómo podrá significarse santa y sumible justicia, sino se escuchan tus grandes inspiraciones, si no se recoge el espíritu en el seno del Ser, si no se siente tu esencia infinita, y si por medio de una intuición profunda no se presenten tus magníficos y soberanos atributos! La justicia se siente y se reconoce en todo cuanto es. El mundo existe, porque necesariamente tenia que existir. Los tiempos son porque siempre fueron, porque siempre serán. El espacio es incommensurable, infinito, porque no tuvo principio, porque no pudo tenerlo, porque no tiene centros, porque no tendrá fin. Dios es omnipotente, porque es la causa, porque es la razon, porque es el sentimiento, porque es el espíritu,

una tumba, no eran mas que el emblema de mi huérfano y triste amor.

Subiendo al cuarto de la princesa, encontré á su doncella, se encargó de las flores y de los ramilletes, y yo fui á esperar al comedor la hora de servir á la mesa.

A poco se abrió la puerta de par en par, y entró el principe con su señora. Atento á una señal del mayordomo, fui á colocarme detrás de la princesa.

Era la vez primera que veia reunidos á M. de Montbar y su esposa, y aunque su conversacion debia ser reservada en presencia de los criados, apliqué el oído para adivinar en qué relaciones estaban: habia adquirido una facultad tal de observacion, que necesitaba poca cosa para ponerme en la pista de lo que deseaba conocer.

Me pareció que el principe estaba frio, distraído, y aparentaba con su mujer una política casi ceremoniosa: esta fue su conversacion después de algunas palabras insignificantes.

—¿Solis esta noche?—dijo el principe á su mujer.

—Sí, voy á la ópera.

—Pues creí que hoy no os tocaba.

—Me ha convidado á su palco Mme. Wilson, vendrá por mí, y largo tiempo á casa de Mme. de Beaumvil.

—¿Hay baile?

—Estrana su nueva casa. Dicen que es solitaria... ¿no ireis un rato?

—No por cierto,—replicó el principe,—detesto este gusto donde convidan á uno á alabar á coro un fausto insolente cuando no es rico, ó las dos cosas: como con unos amigos en Vevy, y después vamos á Fontainebleau de caza por unos dias.

—¿Estaréis muchos dias ausente?

—Seis ó ocho no mas... el tiempo preciso para dar tres ó cuatro batidas, porque no se puede salir todos los dias.

—Será excelente partida: ¿vais muchos?